



Capítulo 93

Alon sabía que el cardenal Anderde era un personaje que no existía en la obra original. Aunque hubiera existido, nunca había aparecido en Psychedelia. Por eso, aunque su expresión exterior permanecía neutra, la mente de Alon daba vueltas rápidamente.

«¿Es así como se suponía que debía desarrollarse la historia? ¿O ha cambiado algo?».

Por supuesto, incluso con esos pensamientos, no había forma de que él lo supiera. Los únicos acontecimientos que Alon conocía eran los que habían ocurrido un año después. Todo lo que había sucedido antes de eso estaba fuera de su alcance.

Desvió la mirada hacia Yuman. En el futuro, Yuman estaba destinado a salvar el mundo junto a Eliban, asegurando una vida cómoda para Alon. Yuman utilizó entonces su poder sagrado para bloquear el ataque de Anderde.

«Como era de esperar de un santo. Puede usar el poder sagrado sin necesidad de rezar ni invocar».

Alon, recordando cómo las habilidades de Yuman en el juego siempre se activaban de inmediato sin consumir un turno, dejó escapar un suspiro de alivio.

«Al menos eso es un alivio».

Naturalmente, la razón principal por la que Alon había utilizado su Forma de Dios del Trueno para acudir rápidamente aquí era para rescatar a Yuman, la



persona que garantizaría su comodidad futura. Si este suceso estaba destinado a ocurrir, entonces Yuman seguramente sobreviviría. Sin embargo, si no formaba parte de los acontecimientos originales, Yuman podría haber muerto.

«Bueno, al final, logró bloquear el ataque cuando utilizó su magia, así que, en lugar de limitarse a proteger a Yuman, incapacitó por completo a Anderde».

Pero, en el fondo, Alon lo sabía instintivamente.

Aún no había terminado.

«¿Marqués Palatio, verdad?».

A pesar de que Alon le había volado el brazo con su forma de dios del trueno y le había ennegrecido la mitad de la cara, el cardenal jefe Anderde habló con dificultad. Sus labios aún esbozaban una sonrisa benévola.

Aunque las heridas que había sufrido eran lo suficientemente graves como para ser mortales, la sonrisa nunca abandonó su rostro. Como si no sintiera dolor, o más bien...

como si se la hubieran dibujado allí.

«En efecto».

Cuando Alon respondió, los sacerdotes, que se habían quedado paralizados por la conmoción, comenzaron a rezar. Al mismo tiempo, los paladines desenvainaron sus espadas, hicieron la señal de la cruz y alzaron su poder



sagrado. Los cardenales supervivientes, que apenas se aferraban a la vida, declararon a Anderde hereje manifiesto.

Pero incluso en una situación así, Anderde, aún con esa sonrisa forzada, miró a Alon desde debajo de la plataforma.

«Eso está bien. Muy bien».

De repente, esas palabras se le escaparon de los labios.

«¿Qué...?»

Para cuando Alon respondió, los clérigos ya habían terminado sus oraciones y estaban lanzando ataques contra Anderde.

Algunos dispararon flechas de luz.

Algunos blandieron sus mazas.

Algunos empuñaban espadas.

Algunos lanzaban rayos.

Y otros lanzaron puro poder divino contra Anderde.

Se produjo un rugido tremendo.

Rayos forjados con poder sagrado llovieron del cielo.



Magia sagrada blanca, resplandeciente con el brillo de la luna azul, caía en cascada una tras otra.

Como un aguacero torrencial.

O tal vez, como una lluvia de meteoritos.

La abrumadora avalancha de magia sagrada se estrelló contra la plataforma donde se encontraba Anderde.

Incluso Alon, a pesar de sí mismo, sintió una sensación de reverencia por la magnitud de la violencia divina que se desarrollaba ante él.

Y cuando la explosiva proyección del poder sagrado finalmente se calmó, dejando la plataforma en ruinas, lo que emergió fue...

—

Anderde seguía en pie, aunque su cuerpo estaba completamente destrozado.

Había perdido los brazos.

Varios agujeros perforaban su torso.

Le faltaba la parte superior de la cabeza.

Era un estado que prácticamente garantizaba la muerte.



Y, sin embargo, la sonrisa benévola de Anderde permaneció intacta.

Los sacerdotes, los cardenales e incluso Yuman se quedaron impactados e incrédulos ante tal visión.

«Hubiera sido una pena, ¿sabes? Tu «calibre» es bastante notable».

Anderde murmuró con voz tranquila y serena, sin cambiar de expresión.

«No quería soltarlo».

Con esas palabras, un extraño sonido comenzó a emanar del cuerpo de Anderde.

Un ruido grotesco e inquietante, como si algo estuviera saliendo a la fuerza.

Y entonces sucedió.

La sonrisa benévola que había adornado el rostro de Anderde hacía solo unos instantes fue sustituida por algo mucho más aterrador.

De su cuerpo destrozado comenzaron a brotar y crecer ramas rojas.

Rumble... Rumble...

El suelo de la gran plaza, donde se había reunido el clero, se partió en línea recta.



«¡Ahhh! ¡Aahhh...!».

«¡Corre! ¡Muévete, ahora!».

Los gritos resonaban mientras los sacerdotes se apresuraban a escapar del suelo que se partía.

A través del caos de la plaza ahora destrozada, un enorme tronco de árbol comenzó a elevarse, rompiendo el suelo.

Decenas, no, cientos de ramas carmesí brotaron de la tierra, extendiéndose hacia afuera.

La ruptura se extendió más allá de la plaza, llegando a la ciudad blanca dentro del santuario interior.

¡Crackkkkkk!

Y finalmente, comenzó a revelarse.

Lo primero que apareció fue un par de manos grotescas y retorcidas, enredadas en enredaderas rojas que se retorcían.

A continuación, apareció la cabeza de una enorme estatua, emergiendo como si hubiera nacido a costa de devorar la ciudad blanca.

A continuación, el enorme cuerpo de la estatua comenzó a empujar hacia afuera.



Y en ese momento, todos los presentes se dieron cuenta de la verdad:

el benevolente Anderde que se había presentado ante ellos hacía solo unos instantes no era más que un títere.

iCrash!

En un instante, el cuerpo de Anderde, del que habían brotado innumerables ramas, fue succionado por la colosal estatua.

iCrackkk!

Al mismo tiempo, el rostro de la estatua gigante, parecido al de un humano, se dividió en cuatro secciones como pétalos que se abren en una flor. Desde dentro, innumerables ramas carmesí brotaron hacia afuera.

Y finalmente, apareció, consumiendo toda la parte oriental de la ciudad blanca a medida que emergía.

[Por tu voluntad, he descendido].

Dirigiendo su mirada hacia el clero, dijo:

[Adórenme].

Con esas palabras, anunció su nacimiento a todos.



[Soy Machina, el dios de la humanidad].

Un dios exterior había descendido.

Los sacerdotes, los paladines, los cardenales e incluso Yuman permanecían en silencio, atónitos bajo la luna azul, contemplando al dios exterior que había descendido ante ellos.

El ser, que había salido arrastrándose mientras devoraba la ciudad blanca, extendió sus ramas como si pretendiera consumirlo todo.

Ni siquiera Alon fue una excepción al impacto abrumador.

«¿Machina...?»

Alon sintió una oleada de confusión. Nunca había oído hablar de un dios exterior llamado Machina.

Por supuesto, esta línea temporal no le resultaba familiar, pero, aun así, la existencia que tenía ante sus ojos era innegablemente ajena.

«¿Qué diablos es...?».

En medio de su desconcierto, la mirada de Alon permaneció fija en Machina. Entonces, se percató de algo, algo que le resultó escalofriantemente familiar.



Humo negro, que emanaba de cada parte del enorme cuerpo de Machina, se entrelazaba con las enredaderas arbóreas y llenaba el aire.

«¿El Abismo...?»

Sin darse cuenta, Alon pensó en la palabra clave y recordó una información que había oído una vez:

Una Entidad Abisal capaz de otorgar divinidad a individuos de gran poder se había infiltrado en el Reino Sagrado.

Al darse cuenta de ello, Alon comprendió la verdad.

El ser que tenía ante sí había sido forjado en el Abismo.

«¿Un dios exterior artificial?».

Alon murmuró esas palabras, tratando de comprender la naturaleza de la criatura que tenía ante sí.

«¡M-mira allí!».

«¡Hay alguien...!»

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por los gritos de pánico de los sacerdotes, lo que dirigió su atención hacia la zona situada debajo del enorme dios exterior.

Allí vio algo espantoso.



Allí, en medio del caos, había gente.

Los ciudadanos del Reino Sagrado, flácidos y sin vida, atrapados por enredaderas carmesí.

[No te resistas. Lo que hago es cuidar de ti por igual].

Una voz resonó, sagrada, pero inquietantemente antinatural, haciendo eco en el aire.

Las enredaderas carmesí comenzaron a arrastrarse hacia los sacerdotes.

«¡Deténganlos!»

Los paladines cargaron contra las enredaderas invasoras, cortando las ramas retorcidas.

Pronto, los sacerdotes desataron su magia sagrada, atravesando la noche azul y golpeando al dios exterior.

La escena que antes había dejado impresionado incluso a Alon se repitió una vez más.

¡Pum, pum!

En un instante, uno de los enormes brazos de Machina fue cortado y cayó al suelo.



La esperanza brilló en los ojos de los sacerdotes al ver la escena, lo que avivó su determinación.

Pero su determinación duró poco.

«¿Se está regenerando...?»

Lo que presenciaron era increíble.

El mismo brazo que había sido destruido por el bombardeo divino se estaba regenerando como si nada hubiera pasado.

A una velocidad increíble.

Las ramas se entrelazaron como si fueran vasos sanguíneos y, en un abrir y cerrar de ojos, el brazo derecho quedó completamente restaurado.

Los sacerdotes quedaron horrorizados por el grotesco espectáculo.

«¡Aaaahhh!».

Mientras tanto, los paladines que habían estado cortando las enredaderas carmesí que avanzaban comenzaron a caer, uno por uno.

A los que quedaban atrapados por las enredaderas les brotaban ramas carmesí del cuerpo, convirtiéndolos en cascarones de madera sin vida en un instante.



El miedo se extendió entre los paladines.

Los infectó como una plaga, extendiéndose por todos los presentes.

Pronto, las enredaderas que habían devorado a los paladines llegaron hasta los sacerdotes, listas para atraparlos también.

En ese momento...

¡Luz!

Una enorme barrera bloqueó el avance de las enredaderas.

«¡Uf!».

Fue Yuman quien detuvo las enredaderas.

Rodeado por un aura abrumadora de poder divino, había creado un enorme muro sagrado que protegía a los sacerdotes.

Los sacerdotes lo miraban con asombro, pero su expresión distaba mucho de ser alegre.

La inmensa pared de poder divino, que solo un santo podía conjurar, estaba agotando rápidamente sus fuerzas.

Y entonces...



[Para proclamar la igualdad y hacerla realidad, he descendido. Sin embargo, sois tan ignorantes].

Cuando la enorme mano de Machina se elevó hacia el cielo azul, los sacerdotes la vieron.

Una mano que, momentos antes, había sido demasiado pequeña para ocultar la luna azul, ahora estaba creciendo.

Cientos de ramas carmesí se entrelazaban, expandiéndose hasta que la mano se volvió lo suficientemente grande como para engullir la luna.

«Lady Sironia...».

Ante aquella abrumadora visión, los sacerdotes invocaron instintivamente a la diosa Sironia.

Los cardenales, con el rostro marcado por la desesperación, dejaron escapar profundos suspiros.

Incluso Yuman, que sostenía desesperadamente la enorme barrera divina, solo podía mirar con incredulidad la enorme mano.

«¿Qué diablos es eso?».

Sus ojos se llenaron de una mezcla de impotencia y desesperación mientras contemplaba la colosal mano.



[Aceptadme, todos vosotros, pues soy el dios de la humanidad que habéis creado—]

[—y los trataré a todos por igual].

Mientras la voz de Machina resonaba, la enorme mano descendió hacia la barrera sagrada que Yuman había erigido.

Clang...

De repente, el sonido de algo rompiéndose atravesó el aire.

«Ja...».

Un leve suspiro siguió al sonido, llamando la atención de Yuman. Luchando, se volvió para mirar detrás de él.

Allí, de pie con calma en medio de la desesperación, había alguien aplastando con el pie los restos de una botella de poción rota mientras bebía otra.

Era el marqués Palatio, o más bien, el Santo de Plata.

Sin mostrar emoción alguna, imperturbable ante la grave situación, dijo:

«Aguanta un poco más».

Luego, como si se preparara para lo que estaba por venir, preguntó:



«¿Puedes hacerlo?».

Yuman, como hipnotizado, respondió sin dudar:

«Lo intentaré».

El Santo Plateado, o más bien Alon, asintió ante la respuesta de Yuman.

«Bien. Asegúrate de dejar abierto el techo de la barrera».

A continuación, echó un vistazo rápido al collar blanco brillante que colgaba de su cuello antes de dar una orden:

«Matriz del Trueno».

iCrackle—!

Un rayo, impregnado de la luz de la luna azul, comenzó a surcar y bailar por el cuerpo de Alon, crepitando con un poder primitivo.